

RETRATO DE DON JOSÉ LORENZO

VENTURA ÁLVAREZ-SALA Y VIGIL (Gijón 1869-1919)

1894

Óleo sobre lienzo

64,5 x 34,5 cm.

Firmado y datado en el ángulo inferior derecho: “B. Alvarez Sala.

MADRID-94”

Donación: Xoaquín Lorenzo Fernández

Nº Inv. 4.763

Este cuadro ingresa en el Museo el 27 de septiembre de 1966 como donación de don Xoaquín Lorenzo Fernández, insigne etnógrafo orensano a quien se le dedica este año de 2004 el Día das Letras Galegas.

Estrechamente vinculado durante muchos años al museo orensano, desarrolla una incansable y valiosa labor como etnógrafo, arqueólogo e historiador del arte, del que son fruto un extenso número de publicaciones. Contamos entre ellas con un pequeño artículo publicado en el *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* de Oviedo, en 1969, que titula “Dos obras por Ventura Álvarez Sala”, en el que da a conocer dos retratos que realizó el mencionado artista asturiano de su padre, don José Lorenzo Álvarez (1875-1923). Uno de ellos, el que es objeto de estas líneas, se conserva en el Museo y el otro, reproducido también en estas notas, se encuentra hoy en una colección particular.

El padre de don Xoaquín, hijo de un emigrante de Calvos de Randín enriquecido en Argentina y de una hidalga de Lobeira, se trasladó hacia finales de siglo a Madrid para estudiar derecho. Allí rematará una carrera que nunca llegará a ejercer y frecuentará los círculos de escritores y artistas, al tiempo que se sumerge en las ideas del laicismo y socialismo que surgían en la España del momento. Será él incluso un notable dibujante y escritor, conocido por el seudónimo Tabarra, con el que firmaba sus artículos de colaboración y caricaturas satíricas en *El Liberal*, *Barcelona Cómica*, etc.-. Según comenta don Xoaquín en su artículo, en aquella estancia capitalina, hace amistad, entre otros, con Moreno Carbonero y Álvarez Sala. Fruto de la intensa relación con este último son los mencionados retratos.

El cuadro que nos ocupa retrata a un joven que entonces contaba diecinueve años, de pie, de cuerpo entero en original disposición, situado

de perfil a la izquierda en actitud de caminar, ocultando una mano en el bolsillo del pantalón mientras sostiene con la otra un paraguas. Lleva la cabeza cubierta por un sombrero de color parda y viste chaleco y chaqueta a juego que deja asomar los puños y el cuello alzado de una camisa blanca y la corbata. Los mismos tonos se repiten en los zapatos, en claro contraste con el color negro del pantalón.

La figura concentra toda la atención al situarse sobre un fondo neutro que define un espacio ilimitado, exento de cualquier elemento que pueda distraer, resuelto en austeras entonaciones en armonía con los colores de las ropas.

La luz se proyecta en leves destellos sobre la figura e inunda la parte inferior del lienzo, donde se reflejan las sombras jugando un papel de fijación espacial.

Con trazos certeros y espontáneos logra el autor un retrato con carácter de instantánea fotográfica, bien caracterizado, que transmite una total sensación de realidad, en el que destaca la elegancia del atuendo, en consonancia con la naturalidad de la pose y la fiel captación de los rasgos y personalidad del modelo, tal y como recoge el hijo del retratado en su artículo: *“Debo, finalmente, hacer notar el parecido extraordinario de ambos retratos con el modelo, no sólo en su aspecto físico, sino también en el gesto y en la expresión”*.

El autor del retrato, Buenaventura Álvarez-Sala y Vigil, comúnmente conocido por Ventura, pertenece al grupo de pintores asturianos formados en la corriente realista característica del último tercio del siglo XIX, con estancias de estudios en los dos centros tradicionales de la enseñanza artística en la España decimonónica (Madrid y Roma). Por otra parte, como artista en busca de reconocimiento público y oficial para su arte, participó con extraordinaria asiduidad en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, figurando en todas las celebradas entre 1892 y 1915, incluso presentando casi siempre una o dos obras, frente a las numerosas de otros pintores. Son, casi todos, lienzos de gran formato que responden en el tema y en el tratamiento a las corrientes características del lenguaje artístico del momento y que le habían de proporcionar Medallas en diversas ocasiones, dos de Tercera Clase, dos de Segunda y una primera Medalla en 1915, por el cuadro *El pan nuestro de cada día*. Los títulos de las otras obras premiadas, *¡Todo a babor!*, *La rifa de la xata*, *Emigrantes*, y *Arando la*

tierra (Asturias), así como otros conocidos de su producción, entre los que destacan *La promesa*, *El entierro de un niño de aldea*, y *Las pescadoras de marisco*, son indicativos de la órbita en la que se inscribe su obra, que se acerca a las dos tendencias características del realismo finisecular, aquel que ofrece un matiz de carácter social y aquel otro que se aproxima a la veta costumbrista, con un marcado acento regionalista, tratando de captar y reflejar la esencia del pueblo astur a través de la plasmación de escenas de la vida contemporánea, de sus tipos característicos, sus costumbres, fiestas y trabajos.

El retrato, género que adquiere singular desarrollo a finales de siglo XIX como un elemento más de afirmación social de la burguesía y de los próceres locales, va a ocupar también gran parte de su producción, revelando un tratamiento distinto entre aquellos más “oficiales”, en los que las figuras se muestran posando protocolarias, revestidas de un empaque especial, inmersas en ricos interiores en los que no faltan los tradicionales cortinajes, y los retratos de seres próximos, principalmente familiares y amigos en los que el pintor se libera de las convenciones para ofrecer un trabajo más personal y espontáneo, como en este que aquí tratamos de don José Lorenzo y que corresponde al período de formación de Álvarez Sala, cuando contaba 25 años de edad.